

QUIEN ES Y COMO ES

Nemesio Antúnez Zañartu: Pintor de vivencias

A pesar de sus muchas amistades,
el artista chileno piensa que el hombre está siempre solo.
Su sentir se refleja en la mayoría de sus obras

POR CARMEN ORTUZAR

No olvida su patria: una que otra cordillera en sus telas delata la añoranza por el país, al que piensa volver más temprano que tarde. Con tangos, multitudes y camas se ha paseado por el mundo conquistando fama internacional. La temática de sus acuarelas y óleos es la misma: "Mi tiempo, mi circunstancia; pintar lo que sucede a mi alrededor".

Pese a ocho años de residencia en el extranjero, Nemesio Antúnez Zañartu (63 años, tres hijos, casado con la artista boliviana Patricia Velasco) no ha perdido sus raíces. Recientemente estuvo en Chile de vacaciones, la vez anterior fue en 1979.

Alto, canoso, de cejas negras y ojos siempre sonrientes, el ex director del Museo de Bellas Artes espera tener muchos años por delante. Los dedicará "a pintar, a redondear mi obra; por mi edad y todo lo que he hecho, creo que lo merezco".

En la actualidad, en Londres, tiene una rigurosa jornada de trabajo —colación entre medio— de diez de la mañana a siete de la tarde, hora en que su mujer pasa a buscarlo porque a él le "carga" manejar.

Además, es profesor de pintura en el *Royal College of Art*. En sus vacaciones —en Italia o España— aprovecha de hacer grabados en algún taller. No puede estar sin hacer nada, no es de los que se tiende en la playa como lagartija; tiene que moverse, hacer castillos de arena, recoger caracoles, seleccionar piedras, hurgar en las rocas.

Lo que más le gusta en la vida es pintar, "con lo que gano el pan: soy un privilegiado". No siempre fue esa su inquietud. De adolescente le gustaba la poesía y gracias a la literatura —casi por casualidad— descubrió la afición que lo hizo convertirse en "testigo y cronista de mi tiempo".

Su infancia

Sus primeros recuerdos infantiles se remontan a su casa de París (donde llegó a los dos años), una vez que se perdieron las llaves. "Estaban bajo la alfombra y yo lo sabía. Mi hermana las había escondido y yo no podía decirlo. Fue un problema moral muy grande". La otra impresión im-

portante que recibió fue en su primer día de clases, en los Padres Franceses, cuando al llegar se encontró con un patio lleno de niños iguales. "Fue una sensación rarísima, tantos semejantes juntos. Tal vez de ahí nació el tema de las multitudes". Del colegio no tiene muy buenos recuerdos: la educación era muy rígida y los castigos muy tenebrosos. Entonces le impresionaban los horrores del infierno:

"Era el temor a Dios, al fuego eterno. Encontraba que mi pecado era la mermelada y el gusto por el chocolate". A pesar de ello siguen siendo su debilidad.

No fue un niño problema. Dicen que era tímido, "bueno como el pan". En casa se fomentaba la educación individual, había poca hermandad y él, más encima, debía ser un ejemplo porque era el hermano mayor. Al parecer eso cooperó a su soledad. Aunque ahora no es tan bueno y mucho menos tímido, lo de "solo" no ha variado mucho. Quienes conocen su sociabilidad y ese afán de comunicarse con niños o adultos, de interesarse "de verdad" en los demás, piensan que su soledad es un mito; sin embargo, él cree que "uno es siempre solo, aunque tenga un matrimonio feliz; solo uno se enfrenta a la muerte, a la vida".

Alumno regular, nunca ganó un premio en dibujo.

El artista

La poesía tuvo una dimensión muy importante en su etapa escolar. Así, fue presidente de la Academia Literaria en el colegio. Estando en ella, el último año mereció un premio anual que consistía en un viaje a Europa. "Eso cambió mi vida. Partí como único pasajero en un buque de carga; era carretero así que conocí todos los puertos hasta París: fue la gran aventura, la gran ventana".

Allí se paseó por museos y teatros y descubrió la pintura moderna, con pedazos de cordeles, ganchos y plumas. Fue una sorpresa muy grande. El coleccionista de tarjetas de arte de El Greco y Goya no rechazó lo que vio, le pareció interesante. Las mismas visitas hizo en Inglaterra, sentía pasión por eso. Fue un viaje muy aprovechado.

Los ocho meses fuera de su país lo transformaron. A la vuelta, se asegura, "era otro": así, terminó su platónico romance juvenil, luego trabajó un tiempo en la oficina de corredor de propiedades de su padre y después ingresó a Arquitectura de la Universidad Católica, cuna de muchos artistas de su época. Ahí se le pasó esa cosa triste y tímida de la infancia, porque en Arquitectura todos lo recuerdan muy feliz. Descubrió la acuarela, la segunda ventana de su vida.

Fue como un juguete en manos infantiles: se iba al cerro y hacía acuarela como loco: manchas, arbolitos, cada una más "rayada" que la otra. Los críticos decían

En familia (al lado de su padre): cuando niño. "era bueno como el pan"



que tenía influencia oriental (¿de dónde?)... Era autodidacta. Eso le llenaba el gusto, aunque en arquitectura no lo hacía mal. Como otros compañeros, en el arte encontró su razón de ser.

Esta pasión hizo sufrir a los aristócratas padres que pensaban que su hijo quería la bohemia, no trabajar. Nada de eso: "No soy un teórico soñador, me gusta hacer cosas, soy lo que podría llamarse un 'hacedor', con minúscula". Tuvo la suerte de obtener una beca de la Universidad de Columbia, para un *master*. No lo confesó entonces, pero fue con el fin solapado de pintar, lo que en esa época era un escándalo.

Sus obras

Y ahí se inicia su extenso *currículum*. En Nueva York trabajó de diagramador en el *Ladie's Home Journal*, desde cuya oficina veía las multitudes que luego caracterizarían sus pinturas. Allí también participó en el taller de grabado de William Hayter, el que califica como la verdadera escuela de su vida. Era un taller colectivo de artistas formados con imaginación; a cada uno se le proporcionaba la técnica que le convenía o gustaba. En 1956, Antúnez formó un taller semejante en Guardia Vieja 99. Había comprado en

París —donde también estuvo— una prensa para hacer grabados. Su intención era ser profesor en la Universidad, lo que no resultó. Entonces dirigió el Museo de Arte Contemporáneo de la Quinta Normal (consiguiendo, incluso, una sociedad de amigos del arte que financiaba exposiciones y premios) y se dio el gusto de tener el denominado Taller 99, sin fin de lucro —las clases eran gratis—, lo que "fue una cosa linda". El taller colectivo le dio una satisfacción muy grande. También a los alumnos, que se sorprendían con esta persona tan abierta y sencilla.

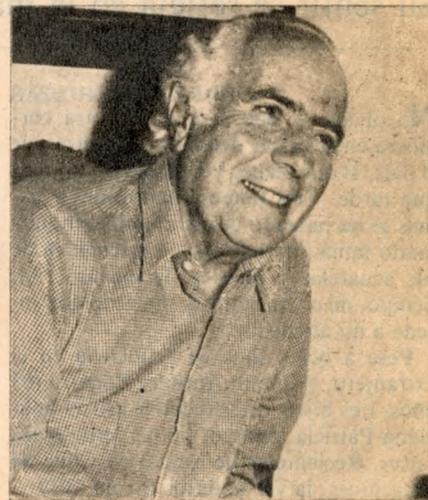
En Nueva York se casó por primera vez, en 1947, con la chilena Inés Figueroa. Ahí nació Pablo, el hijo mayor, y la soledad en las multitudes, de sus cuadros. Y en París tomó forma el "pintor de temas", como lo calificaron alguna vez. Aunque él dice ser pintor de vivencias. Nacieron los "cuadrados" de los restaurantes franceses, servicios de colores y después los manteles que se transformaban en cordilleras envolviéndolo todo. Como un ajedrez, le producían volumen, "era como una marea, un terremoto, un tobogán". Su obra cumbre se encuentra en el cine Nilo, de Santiago. Abandonó los "cuadrados" cuando se puso en boga el *op art* y calificaron así su obra, a él que es anti moda.

En Chile se volcó a la naturaleza del

país: chacras, volcanes; Chiloé, Punta Arenas, y quinchamalies; sol que se duerme en el mar, "rojo, uno no lo ve en todas partes del mundo y aquí está en toda la costa del Pacífico, es maravilloso". Y, por supuesto, cordilleras. Es un tema que no abandona: "Me gustaría que al final de la calle, en Londres, en París, en todas partes, hubiera una cordillera nevada; me encantaría, me sentiría más *at home*".

Volantines, bicicletas, todos sus temas

Nemesio Antúnez: "en sus vacaciones" sencillo, sociable, con sentido del humor



"El rol del artista es comunicar"

No puede disimular su admiración por *La vista de Toledo*, la "extraordinaria" obra de arte de El Greco, uno de sus pintores favoritos junto con Goya. "Con ese cuadro me identifico", confiesa Nemesio Antúnez mientras evoca esas "nubes negras, cielo orgánico y esa fortaleza... El Alcázar". Está fascinado, como cuando habla de ... casi todo.

Sensible a lo humano y lo divino, también se "vuela" al mencionar las empanaditas de pera ("esa fruta seca que, con vainilla, se transforma en un dulce negro") que hace la profesora de cine Alicia Vega, una de sus tantas amistades. Nemesio Antúnez siempre habla de lo fantástico y extraordinario que es el tema al que se refiere. "Cosa linda" es su muletilla. Lo dice y convence, porque le sale de adentro; habla lento, bajo, casi para sí, con una mirada franca, profunda. Una risita baja —como de contento— es su telón de fondo.

—¿Se considera una persona con sentido del humor?



Ser primogénito lo perjudicó: "ponga que estoy con mi hermano, Enrique Zañartu"

—Creo que sí. Es necesario el humor en la vida, es un ingrediente muy importante, en la relación humana, en el amor. Detesto los tontos graves. Mis

cuadros tienen humor: por ejemplo —cuenta riendo—, hay uno que se llama *Chilenos en Nueva York* y son un puñado de personas con una banderita chilena, sobre un edificio, en el cielo; son mosquitos en la punta del edificio. Tiene humor pero no es alegre, mi pintura no es alegre como la de Miró, tiene humor.

—Y sus camas, ¿qué?

—Yo pinto lo que veo, lo que vivo. La cama no es ese mueble horrible de cuatro patas y una almohada que está en el rincón. Es la vida y la muerte; es amor, es sueño; es hogar, intimidad, mujer. Está en la cordillera, en las nubes, la lluvia, las rocas; una, dos, muchas camas; en el Metro, en el subterráneo o en una autopista. En la vida de un hombre es fundamental. Y el rol del artista es comunicar, hacer ver el significado de las cosas y su relación con el ser humano.

—Después de las camas y tangos, ¿qué tema tiene en mente?

—Muchos; pero no está planificado, el tema no nace consciente, está todo traslapado: camas con tango, camas con volantes, con bicicletas. Es un repertorio que yo combino, como todos los pintores. Pintando se me ocurren las cosas, no sentado en un café... Tengo muchos temas en mente,

Camas, tangos y multitudes
pequeñitas: "pinto lo que veo"

tural, fue nombrado director del Museo de Bellas Artes. Está satisfecho con la labor que allí cumplió —en ese período se hizo la sala Matta—, especialmente porque le dio al Museo una actividad inmensa, batiendo el récord mundial con 52 exposiciones en un año. Ahora no le interesaría ese cargo porque, insiste, quiere dedicarse sólo a pintar.

El hombre

Le cargan la moda y los encasillamientos (políticos, religiosos, artísticos y de cualquier índole) y el sectarismo. Aunque tiene ideas cristianas y socialistas, no pertenece a ningún equipo y respeta mucho el budismo. Detesta las etiquetas y es tolerante, una de las cualidades que más destacan quienes lo conocen.

Por eso nunca ha pretendido influir en sus alumnos. Quienes lo recuerdan como profesor agradecen el estímulo del maestro que los guió por sus propios caminos. Nunca ha pretendido tener seguidores; no es un profesor que impone.

Quiénes lo conocen destacan su autenticidad, su sencillez, su entrega verdadera a los demás. Tanto se preocupa de sus amigos que a cada uno le envía la tarjeta precisa o el obsequio adecuado. Escribe constantemente para saber de Chile y su gente. "Ningún chileno debe estar mejor informado que él", se asegura.

Dicen que es generoso con su tiempo, que le cuesta negar una visita aunque eso le signifique... comer doble. Y es comprensivo con el trabajo de los demás: por ejemplo, encontró "una estupidez" la solicitud de fotos de su infancia formulada por HOY. Pero colaboró con ella.

De vacaciones en el país, se dedicó a hacer lo que le gusta en sus ratos libres: leer, conversar (hasta en la cocina), visitar a sus amigos y hablar por teléfono. Y asistir al estadio, porque es chiflado por el fútbol. Se nota en la pasión que pone para hablar de la cancha, "ese espacio con líneas blancas, formidable, con esa masa alrededor".

Es la visita ideal, que hace su cama, contesta el teléfono y alaba las comidas de la dueña de casa. Según él, ha comido de todo en la vida, "hasta sapos y... gusanos. Sólo me faltan las culebras". Además de cooperador tiene sentido del humor y goza con cada momento de la vida. Así es como colaboró con Costa Gavras en su film *Estado de Sitio* —al que fue llamado como embajador y, por su figura, terminó de Presidente—, también en otro de Raúl Ruiz y en cintas no comerciales de alumnos en práctica.

Obsesionado por saber la verdad de los hechos, no se le conocen enemigos: es de los que persigue a quien le da vuelta la cara para saber el porqué. •



los ha vivido. "Soy volatinero y en los veraneos en Viña del Mar andábamos en bicicleta: era la libertad". Por eso cree que su arte puede gustar o no gustar, "pero comunica francamente, no es un jeroglífico que hay que descifrar. Es una cosa clara que tiene una idea y también emoción, que son los dos elementos que debe

tener el arte". Así también piensan sus admiradores.

Ahora mezcla los tangos, las multitudes, la ciudad y... las camas. A veces con cordilleras "que en la distancia son sólo nostalgias".

En 1969, entretanto, de vuelta de EE.UU., donde estuvo de Agregado Cul-

eso sí, por ejemplo: pelos de mujer. He hecho varios dibujos, pelos que ocupan toda la tela... siempre estoy haciendo cosas nuevas que incorporo y voy haciendo mías.

—¿Qué piensa de los críticos que escriben sobre sus obras? ¿Lo interpretan?

—Ningún crítico me ha enseñado algo nuevo, que yo pudiera decir "qué cierto es". En Chile existe una crítica descriptiva, que encuentro que está mal porque el crítico debiera ser un intermediario entre el artista y el público; creo que debería interpretarse y no decir lo mismo que verá el público.

—Y usted, ¿qué opina de los artistas chilenos jóvenes?

—Creo que hay una juventud valiosa, muy comprometida con su trabajo. He visto poco, algunas cosas muy interesantes y otras malas, como en todas las artes. Entre las buenas, una obra de un joven Duclos, de la Universidad Católica: sobre un montón de tablas, el poema de Nicanor Parra que dice "Este es el árbol que mi padre plantó frente a la puerta"; después lo puso en bancos del Parque Forestal, en sillas, en aserrín... esto tiene proyección poética extraordinaria aquí y en la quebrada del ají. También el de Paz Bordalí Robeson: una secuencia en que aparece una mujer recogiendo una bandera chi-

lena sucia, luego lavándola en una artesa y después colgándola. Eso quiere decir que en Chile existe poesía en todas las manifestaciones artísticas. Lo que no hay, es nexos con nosotros, "los pintores de antes del Once", somos como dinosaurios para ellos, como prehistóricos y eso no debe ser así porque el arte tiene sus raíces en Chile y todo es una concatenación, cada uno es eslabón.

—¿Piensa que los artistas necesitan de su país para crear?

—Hay una gran discusión al respecto... Yo creo que sí; lo ideal sería que un pintor o poeta viva en Chile pero que salga todos los años. Porque Chile es una provincia, una isla, entonces tiene que ir a la ciudad, a confrontar su trabajo, a ver. Es estimulante llegar a Londres, por ejemplo, y ver lo que hacen los pintores, no para copiarlos, porque eso es desgraciadamente un defecto chileno: copiar la influencia extranjera, la moda. Yo detesto la moda en todo, en la ropa, en todo. Es de una frivolidad tremenda. Y en la pintura también existe. Está bien que haya una misma línea, pero con cosas propias, vivencias propias; lo que se hace en el mundo tiene que ser asimilado y producido como propio.

QUIEN ES Y COMO ES

Nemesio Antúnez Zañartu: Pintor de vivencias

A pesar de sus muchas amistades,
el artista chileno piensa que el hombre está siempre solo.
Su sentir se refleja en la mayoría de sus obras

POR CARMEN ORTUZAR

No olvida su patria: una que otra cordillera en sus telas delata la añoranza por el país, al que piensa volver más temprano que tarde. Con tangos, multitudes y camas se ha paseado por el mundo conquistando fama internacional. La temática de sus acuarelas y óleos es la misma: "Mi tiempo, mi circunstancia; pintar lo que sucede a mi alrededor".

Pese a ocho años de residencia en el extranjero, Nemesio Antúnez Zañartu (63 años, tres hijos, casado con la artista boliviana Patricia Velasco) no ha perdido sus raíces. Recientemente estuvo en Chile de vacaciones, la vez anterior fue en 1979.

Alto, canoso, de cejas negras y ojos siempre sonrientes, el ex director del Museo de Bellas Artes espera tener muchos años por delante. Los dedicará "a pintar, a redondear mi obra; por mi edad y todo lo que he hecho, creo que lo merezco".

En la actualidad, en Londres, tiene una rigurosa jornada de trabajo —colación entre medio— de diez de la mañana a siete de la tarde, hora en que su mujer pasa a buscarlo porque a él le "carga" manejar.

Además, es profesor de pintura en el *Royal College of Art*. En sus vacaciones —en Italia o España— aprovecha de hacer grabados en algún taller. No puede estar sin hacer nada, no es de los que se tiende en la playa como lagartija; tiene que moverse, hacer castillos de arena, recoger caracoles, seleccionar piedras, hurgar en las rocas.

Lo que más le gusta en la vida es pintar, "con lo que gano el pan: soy un privilegiado". No siempre fue esa su inquietud. De adolescente le gustaba la poesía y gracias a la literatura —casi por casualidad— descubrió la afición que lo hizo convertirse en "testigo y cronista de mi tiempo".

Su infancia

Sus primeros recuerdos infantiles se remontan a su casa de París (donde llegó a los dos años), una vez que se perdieron las llaves. "Estaban bajo la alfombra y yo lo sabía. Mi hermana las había escondido y yo no podía decirlo. Fue un problema moral muy grande". La otra impresión im-

portante que recibió fue en su primer día de clases, en los Padres Franceses, cuando al llegar se encontró con un patio lleno de niños iguales. "Fue una sensación rarísima, tantos semejantes juntos. Tal vez de ahí nació el tema de las multitudes". Del colegio no tiene muy buenos recuerdos: la educación era muy rígida y los castigos muy tenebrosos. Entonces le impresionaban los horrores del infierno:

"Era el temor a Dios, al fuego eterno. Encontraba que mi pecado era la mermelada y el gusto por el chocolate". A pesar de ello siguen siendo su debilidad.

No fue un niño problema. Dicen que era tímido, "bueno como el pan". En casa se fomentaba la educación individual, había poca hermandad y él, más encima, debía ser un ejemplo porque era el hermano mayor. Al parecer eso cooperó a su soledad. Aunque ahora no es tan bueno y mucho menos tímido, lo de "solo" no ha variado mucho. Quienes conocen su sociabilidad y ese afán de comunicarse con niños o adultos, de interesarse "de verdad" en los demás, piensan que su soledad es un mito; sin embargo, él cree que "uno es siempre solo, aunque tenga un matrimonio feliz; solo uno se enfrenta a la muerte, a la vida".

Alumno regular, nunca ganó un premio en dibujo.

El artista

La poesía tuvo una dimensión muy importante en su etapa escolar. Así, fue presidente de la Academia Literaria en el colegio. Estando en ella, el último año mereció un premio anual que consistía en un viaje a Europa. "Eso cambió mi vida. Partí como único pasajero en un buque de carga; era carretero así que conocí todos los puertos hasta París: fue la gran aventura, la gran ventana".

Allí se paseó por museos y teatros y descubrió la pintura moderna, con pedazos de cordeles, ganchos y plumas. Fue una sorpresa muy grande. El coleccionista de tarjetas de arte de El Greco y Goya no rechazó lo que vio, le pareció interesante. Las mismas visitas hizo en Inglaterra, sentía pasión por eso. Fue un viaje muy aprovechado.

Los ocho meses fuera de su país lo transformaron. A la vuelta, se asegura, "era otro": así, terminó su platónico romance juvenil, luego trabajó un tiempo en la oficina de corredor de propiedades de su padre y después ingresó a Arquitectura de la Universidad Católica, cuna de muchos artistas de su época. Ahí se le pasó esa cosa triste y tímida de la infancia, porque en Arquitectura todos lo recuerdan muy feliz. Descubrió la acuarela, la segunda ventana de su vida.

Fue como un juguete en manos infantiles: se iba al cerro y hacía acuarela como loco: manchas, arbolitos, cada una más "rayada" que la otra. Los críticos decían

En familia (al lado de su padre): cuando niño, "era bueno como el pan"



HOY, 6 DE ENERO AL 12 DE ENERO DE 1982

que tenía influencia oriental (¿de dónde?)... Era autodidacta. Eso le llenaba el gusto, aunque en arquitectura no lo hacía mal. Como otros compañeros, en el arte encontró su razón de ser.

Esta pasión hizo sufrir a los aristócratas padres que pensaban que su hijo quería la bohemia, no trabajar. Nada de eso: "No soy un teórico soñador, me gusta hacer cosas, soy lo que podría llamarse un 'hacedor', con minúscula". Tuvo la suerte de obtener una beca de la Universidad de Columbia, para un *master*. No lo confesó entonces, pero fue con el fin solapado de pintar, lo que en esa época era un escándalo.

Sus obras

Y ahí se inicia su extenso *currículum*. En Nueva York trabajó de diagramador en el *Ladie's Home Journal*, desde cuya oficina veía las multitudes que luego caracterizarían sus pinturas. Allí también participó en el taller de grabado de William Hayter, el que califica como la verdadera escuela de su vida. Era un taller colectivo de artistas formados con imaginación; a cada uno se le proporcionaba la técnica que le convenía o gustaba. En 1956, Antúnez formó un taller semejante en Guardia Vieja 99. Había comprado en

París —donde también estuvo— una prensa para hacer grabados. Su intención era ser profesor en la Universidad, lo que no resultó. Entonces dirigió el Museo de Arte Contemporáneo de la Quinta Normal (consiguiendo, incluso, una sociedad de amigos del arte que financiaba exposiciones y premios) y se dio el gusto de tener el denominado Taller 99, sin fin de lucro —las clases eran gratis—, lo que "fue una cosa linda". El taller colectivo le dio una satisfacción muy grande. También a los alumnos, que se sorprendían con esta persona tan abierta y sencilla.

En Nueva York se casó por primera vez, en 1947, con la chilena Inés Figueroa. Ahí nació Pablo, el hijo mayor, y la soledad en las multitudes, de sus cuadros. Y en París tomó forma el "pintor de temas", como lo calificaron alguna vez. Aunque él dice ser pintor de vivencias. Nacieron los "cuadrados" de los restaurantes franceses, servicios de colores y después los manteles que se transformaban en cordilleras envolviéndolo todo. Como un ajedrez, le producían volumen, "era como una marea, un terremoto, un tobogán". Su obra cumbre se encuentra en el cine Nilo, de Santiago. Abandonó los "cuadrados" cuando se puso en boga el *op art* y calificaron así su obra, a él que es anti moda.

En Chile se volcó a la naturaleza del

país: chacras, volcanes; Chiloé, Punta Arenas, y quinchamalíes; sol que se duerme en el mar, "rojo, uno no lo ve en todas partes del mundo y aquí está en toda la costa del Pacífico, es maravilloso". Y, por supuesto, cordilleras. Es un tema que no abandona: "Me gustaría que al final de la calle, en Londres, en París, en todas partes, hubiera una cordillera nevada; me encantaría, me sentiría más *at home*".

Volantines, bicicletas, todos sus temas

Nemesio Antúnez: "en sus vacaciones sencillo, sociable, con sentido del humor"



"El rol del artista es comunicar"

No puede disimular su admiración por *La vista de Toledo*, la "extraordinaria" obra de arte de El Greco, uno de sus pintores favoritos junto con Goya. "Con ese cuadro me identifico", confiesa Nemesio Antúnez mientras evoca esas "nubes negras, cielo orgánico y esa fortaleza... El Alcázar". Está fascinado, como cuando habla de ... casi todo.

Sensible a lo humano y lo divino, también se "vuela" al mencionar las empanaditas de pera ("esa fruta seca que, con vainilla, se transforma en un dulce negro") que hace la profesora de cine Alicia Vega, una de sus tantas amistades. Nemesio Antúnez siempre habla de lo fantástico y extraordinario que es el tema al que se refiere. "Cosa linda" es su muletilla. Lo dice y convence, porque le sale de adentro; habla lento, bajo, casi para sí, con una mirada franca, profunda. Una risita baja —como de contento— es su telón de fondo.

—¿Se considera una persona con sentido del humor?



Ser primogénito lo perjudicó: "ponga que estoy con mi hermano, Enrique Zañartu"

—Creo que sí. Es necesario el humor en la vida, es un ingrediente muy importante, en la relación humana, en el amor. Detesto los tontos graves. Mis

cuadros tienen humor: por ejemplo —cuenta riendo—, hay uno que se llama *Chilenos en Nueva York* y son un puñado de personas con una banderita chilena, sobre un edificio, en el cielo; son mosquitos en la punta del edificio. Tiene humor pero no es alegre, mi pintura no es alegre como la de Miró, tiene humor.

—Y sus camas, ¿qué?

—Yo pinto lo que veo, lo que vivo. La cama nó es ese mueble horrible de cuatro patas y una almohada que está en el rincón. Es la vida y la muerte; es amor, es sueño; es hogar, intimidad, mujer. Está en la cordillera, en las nubes, la lluvia, las rocas; una, dos, muchas camas; en el Metro, en el subterráneo o en una autopista. En la vida de un hombre es fundamental. Y el rol del artista es comunicar, hacer ver el significado de las cosas y su relación con el ser humano.

—Después de las camas y tangos, ¿qué tema tiene en mente?

—Muchos; pero no está planificado, el tema no nace consciente, está todo traslapado: camas con tango, camas con volantes, con bicicletas. Es un repertorio que yo combino, como todos los pintores. Pintando se me ocurren las cosas, no sentado en un café...Tengo muchos temas en mente,

Camas, tangos y multitudes pequeñitas: "pinto lo que veo"

tural, fue nombrado director del Museo de Bellas Artes. Está satisfecho con la labor que allí cumplió —en ese período se hizo la sala Matta—, especialmente porque le dio al Museo una actividad inmensa, batiendo el récord mundial con 52 exposiciones en un año. Ahora no le interesaría ese cargo porque, insiste, quiere dedicarse sólo a pintar.

El hombre

Le cargan la moda y los encasillamientos (políticos, religiosos, artísticos y de cualquier índole) y el sectarismo. Aunque tiene ideas cristianas y socialistas, no pertenece a ningún equipo y respeta mucho el budismo. Detesta las etiquetas y es tolerante, una de las cualidades que más destacan quienes lo conocen.

Por eso nunca ha pretendido influir en sus alumnos. Quienes lo recuerdan como profesor agradecen el estímulo del maestro que los guió por sus propios caminos. Nunca ha pretendido tener seguidores; no es un profesor que impone.

Quienes lo conocen destacan su autenticidad, su sencillez, su entrega verdadera a los demás. Tanto se preocupa de sus amigos que a cada uno le envía la tarjeta precisa o el obsequio adecuado. Escribe constantemente para saber de Chile y su gente. "Ningún chileno debe estar mejor informado que él", se asegura.

Dicen que es generoso con su tiempo, que le cuesta negar una visita aunque eso le signifique... comer doble. Y es comprensivo con el trabajo de los demás: por ejemplo, encontró "una estupidez" la solicitud de fotos de su infancia formulada por HOY. Pero colaboró con ella.

De vacaciones en el país, se dedicó a hacer lo que le gusta en sus ratos libres: leer, conversar (hasta en la cocina), visitar a sus amigos y hablar por teléfono. Y asistir al estadio, porque es chiflado por el fútbol. Se nota en la pasión que pone para hablar de la cancha, "ese espacio con líneas blancas, formidable, con esa masa alrededor".

Es la visita ideal, que hace su cama, contesta el teléfono y alaba las comidas de la dueña de casa. Según él, ha comido de todo en la vida, "hasta sapos y... gusanos. Sólo me faltan las culebras". Además de cooperador tiene sentido del humor y goza con cada momento de la vida. Así es como colaboró con Costa Gavras en su film *Estado de Sitio* —al que fue llamado como embajador y, por su figura, terminó de Presidente—, también en otro de Raúl Ruiz y en cintas no comerciales de alumnos en práctica.

Obsesionado por saber la verdad de los hechos, no se le conocen enemigos: es de los que persigue a quien le da vuelta la cara para saber el porqué. •



los ha vivido. "Soy volantinerero y en los veraneos en Viña del Mar andábamos en bicicleta: era la libertad". Por eso cree que su arte puede gustar o no gustar, "pero comunica francamente, no es un jeroglífico que hay que descifrar. Es una cosa clara que tiene una idea y también emoción, que son los dos elementos que debe

tener el arte". Así también piensan sus admiradores.

Ahora mezcla los tangos, las multitudes, la ciudad y... las camas. A veces con cordilleras "que en la distancia son sólo nostalgias".

En 1969, entretanto, de vuelta de EE.UU., donde estuvo de Agregado Cul-

eso sí, por ejemplo: pelos de mujer. He hecho varios dibujos, pelos que ocupan toda la tela... siempre estoy haciendo cosas nuevas que incorporo y voy haciendo más.

—¿Qué piensa de los críticos que escriben sobre sus obras? ¿Lo interpretan?

—Ningún crítico me ha enseñado algo nuevo, que yo pudiera decir "qué cierto es". En Chile existe una crítica descriptiva, que encuentro que está mal porque el crítico debiera ser un intermediario entre el artista y el público; creo que debería interpretarse y no decir lo mismo que verá el público.

—Y usted, ¿qué opina de los artistas chilenos jóvenes?

—Creo que hay una juventud valiosa, muy comprometida con su trabajo. He visto poco, algunas cosas muy interesantes y otras malas, como en todas las artes. Entre las buenas, una obra de un joven Duclos, de la Universidad Católica: sobre un montón de tablas, el poema de Nicanor Parra que dice "Este es el árbol que mi padre plantó frente a la puerta"; después lo puso en bancos del Parque Forestal, en sillas, en aserrín... esto tiene proyección poética extraordinaria aquí y en la quebrada del ají. También el de Paz Bordalí Robeson: una secuencia en que aparece una mujer recogiendo una bandera chi-

lena sucia, luego lavándola en una artesa y después colgándola. Eso quiere decir que en Chile existe poesía en todas las manifestaciones artísticas. Lo que no hay, es nexos con nosotros, "los pintores de antes del Once", somos como dinosaurios para ellos, como prehistóricos y eso no debe ser así porque el arte tiene sus raíces en Chile y todo es una concatenación, cada uno es eslabón.

—¿Piensa que los artistas necesitan de su país para crear?

—Hay una gran discusión al respecto... Yo creo que sí; lo ideal sería que un pintor o poeta viva en Chile pero que salga todos los años. Porque Chile es una provincia, una isla, entonces tiene que ir a la ciudad, a confrontar su trabajo, a ver. Es estimulante llegar a Londres, por ejemplo, y ver lo que hacen los pintores, no para copiarlos, porque eso es desgraciadamente un defecto chileno: copiar la influencia extranjera, la moda. Yo detesto la moda en todo, en la ropa, en todo. Es de una frivolidad tremenda. Y en la pintura también existe. Está bien que haya una misma línea, pero con cosas propias, vivencias propias; lo que se hace en el mundo tiene que ser asimilado y producido como propio.